

Julio Axel Huetto Cruz

Los Ikoots y la mar

Ilustración
Carina Ríos Urbina





Instituto Nacional de Pueblos Indígenas, México

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional
de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio Cultural,
Investigación y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

Los Ikoots y la mar

Julio Axel Hueto Cruz

Ilustraciones

Carina Ríos Urbina

Corrección de estilo

Jashui Jatsiri Pizarro Márquez

Diseño Editorial

Carina Ríos Urbina

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

MÉXICO, 2021

PRÓLOGO

De entre las olas saladas del mar del estado de Oaxaca llegan tres cuentos donde los protagonistas son personas de la comunidad huave. Los ikoots, como se nombran a sí mismos, residen en diversos pueblos del estado de Oaxaca, algunos de estos son: San Mateo del Mar, San Francisco del Mar y San Dionisio del Mar. Huave significa “gente que se pudre en la humedad”, dicha palabra se la otorgaron los zapotecos a los mareños. La principal actividad económica de los huaves es la pesca, por lo que se ubican cerca del mar.

Viaja al bello estado de Oaxaca a bordo de las letras, en el cuento que lleva por nombre “Virgen Sirena”, te subirás a la lancha de Tomás y junto con Mateo, su hijo, podrás aprender a pescar, disfrutarás de los colores del cielo de San Mateo del Mar, te refrescarás con la brisa de sus aguas y te deleitarás con el canto de una bella mujer que mora en el mar esmeralda. Si tienes suerte podrás ver los colores tornasol que iluminan su cola escamosa.

El 2 de febrero en diversos estados de la República Mexicana se festeja a la Virgen de la Candelaria, pero pocos lugares lo hacen como los residentes de San Francisco del Mar. Acompaña en esta historia a Raquel, una pequeña niña devota a la Virgen de la Candelaria, quien vende pescado en el tianguis junto a su madre; disfruta de los sonidos musicales de la fiesta nocturna, de los fuegos artificiales en el cielo y goza de los peculiares olores de la gastronomía mexicana.

En el último de los cuentos conocerás a doña Rosa, la esposa de don Pablo, un hombre que a pesar de su avanzada edad sigue con su labor de pescador. La pareja de la comunidad huave lleva más de cinco décadas compartiendo su vida amorosa. Esta historia se desarrolla en San Mateo del Mar el día de Corpus Christie, ahí podrás ver el ritual que hacen los ikoots para pedir por quienes lo necesitan, aunque las personas que están en sus oraciones no sean de la misma comunidad. Te enterarás con el final.



Petición Huave



Petición huave



La cobija de lana gris con cuadros azules permaneció igual que cuando se recostaron los ancianos la noche anterior. No solían moverse mucho por las noches amenos que hiciera frío, pero esa madrugada no era de invierno, sino de verano. Don Pablo dormía con la boca entreabierta y roncaba como si un lobo marino estuviera en sus adentros, estaba acostado en dirección a la pared, las arrugas de la frente denotaban que los años habían pasado. Doña Rosa estaba acostumbrada a los ronquidos de su esposo y dormía profundamente dándole la espalda. Por la pequeña ventana se colaban los primeros rayos del sol que calentaban a la pareja que llevaba poco más de sesenta años de casados. El cielo de verano era azul celeste y lo decoraban algunas nubes grandes y esponjosas.

En punto de las siete de la mañana, el pueblo de San Mateo del Mar estaba en movimiento, algunas personas se dirigían a la playa para pescar, otras iban al tianguis para vender las mercancías que producían a mano como: atarrayas y huipiles

con diversos bordados; también iba gente con cubetas llenas de mariscos y varios más cargando pequeñas cajas de cartón con verduras que les compraban a los agricultores del Istmo de Tehuantepec, para luego revender a la comunidad huave. La pareja parecía que no escuchaba nada, a pesar del ruido que hacían las personas que caminaban afuera de la casa de ladrillo rojo y tejado de dos aguas.

Luego de varias horas, cuando algunas personas volvían de hacer sus compras y/o vender, don Pablo al fin silenció sus ronquidos, se dio la vuelta con dificultad para darle la espalda a la pared y abrazó a su esposa. Esta sintió el enjuto antebrazo de su marido y lo acarició con su delgada mano. El hombre estaba frío a pesar del calor que se sentía dentro del hogar, la mujer le frotó la piel para calentarlo. El estómago de ambos crujía al unísono, la pareja tenía hambre, pues, eran casi las doce del mediodía y el último bocado que habían probado había sido a las nueve de la noche.

—Voy a hacer el desayuno—susurró doña Rosa con los ojos cerrados.



— ¿Te ayudo a hacer algo? —preguntó don Pablo.

—No, voy a poner a calentar el texmole que sobró de ayer —dijo la mujer mientras se quitaba la cobija de encima.

Doña Rosa se levantó de la cama, era más bajita de lo que parecía cuando estaba acostada, se quitó su bata que de dormir y se puso sus huaraches blancos, una falda larga de color rosa pastel y una blusa de manta blanca. Finalmente se trenzó su cabello algodonoso y se fue caminando lentamente a la cocina. Prendió la estufa de leña con una rama y un cerillo, la madera de encino ardió y el fuego amarillo apareció. La mujer puso sobre la parrilla una cazuela de barro que contenía caldo de chile guajillo, dos piernas de pollo y bolitas de masa con manteca. Luego de media hora, don Pablo llegó a la cocina, besó la arrugada mejilla de su esposa y se asomó para ver el texmole que ya estaba burbujeando.

—Ya ahorita desayunamos... mejor dicho, comemos —dijo riendo la tierna mujer.

—Huele muy rico —manifestó don Pablo al posarse sobre la silla de madera con respaldo y asiento de palma.



Doña Rosa sirvió dentro de un par de platos de barro un poco de caldo. La mano le temblaba, parecía que en cualquier momento se le caerían, en cada uno echó una pierna de pollo, caldillo y dos bolitas de masa, luego los puso en la mesa. Agarró un par de cucharas de metal y desayunaron uno junto al otro. Con cada una de las cucharadas que llevaban a sus bocas, las arrugas que tenían alrededor de los labios se pronunciaban más.

—Ya estás sudando —dijo doña Rosa.

—Es que hace mucho calor —contestó el hombre que sorbía un poco de caldo.

—El clima está muy raro, ya ves que ayer estuvo haciendo mucho frío y hoy amanecemos con el solazo —respondió mirando a su esposo.

—Espero que ya no tarden en aparecer las lluvias, tenemos casi un año sin ver ni una gota de agua —manifestó triste don Pablo.

—Yo creo que estamos bien así, ya ves que luego se encharca muy feo el pueblo o se pone bravo el mar —expresó la mujer mirando a su esposo.

—Tienes razón, pero esas cosas nos afectan poco a comparación de lo que afecta a los zapotecas. Para ellos la lluvia es una gran aliada para sus cosechas...

—No lo había visto de ese modo — contestó cabizbaja doña Rosa.

Ambos terminaron de desayunar, la mujer levantó ambos platos y los llevó al lavadero que estaba junto a la estufa.

— ¿Quieres cafecito? —preguntó doña Rosa.

—Mejor al ratito que regrese.

—No vayas a volver muy tarde, acuérdate que hoy es lo de Corpus Christi.

—Espero no tardar, nada más echo las redes y me regreso, ya mañana temprano voy a recoger la pesca —dijo don Pablo mientras se levantaba con dificultad de la silla.

El hombre que en su juventud había llegado a medir más de un metro ochenta partió rumbo a la playa, llevaba puesto un sombrero de palma, una camisa blanca y un pantalón negro. En su hombro izquierdo cargaba la red negra que usaba desde antes de

casarse. Sus pasos eran cortos y lentos. El sol de las tres de la tarde hacía que gotas de sudor humedecieran sus escasos cabellos grises. Finalmente, llegó a la playa, el mar parecía ser salvaje, pero eso no le importó, pues tantos años de experiencia le daban una tranquilidad que lo hacía ver como un pescador valiente.

— ¡Don Pablito! —gritó un joven de tez morena que no traía playera

—Hola Sergio, ¿cómo estás? —contestó amablemente el hombre.

— ¿Vino a pescar? —preguntó Sergio sonriendo.

—Sí, vine a echar la red, ya mañana regreso a recogerla temprano.

—Si quiere le ayudo —dijo el joven.

—No, no te preocupes, está bien que ya esté viejo, pero todavía puedo pescar por lo menos un charal —comentó sonriendo don Pablo.



— ¿Entonces me deja ayudarlo a meter su lancha al mar?

—Ándale, eso sí.

Sergio fue al estacionamiento de lanchas, algunas eran grandes y con techo, la de don Pablo era pequeña, estaba casi desvencijada y tenía una lona roja que no permitía ver lo que había adentro. Además, tenía un motor que le había adaptado el hombre para evitar remar. El joven colocó tres troncos debajo de la lancha para no tener que arrastrarla por la arena, luego la empujó hacia atrás y cuando el mar besó la proa de la lancha, Sergio dejó de empujar. Don Pablo metió sus pies huesudos al agua tibia y guardó la red de pesca.

—Gracias muchacho —manifestó el hombre de la tercera edad.

— ¿Lo ayudo a subir? —preguntó Sergio.

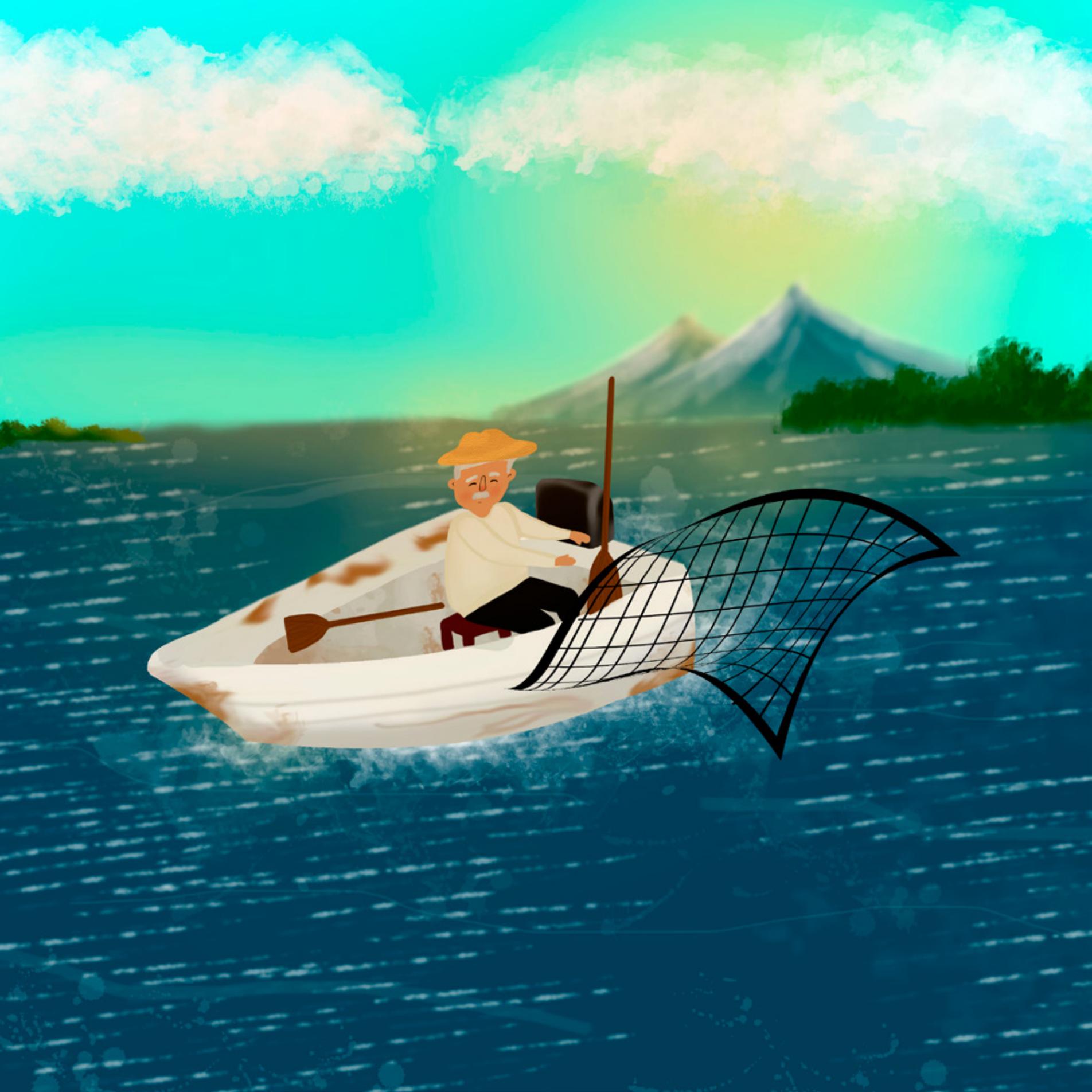
—Dentro de la lancha tengo un banquito, mejor pásamelo para subirme.

—Sí, deje se lo paso —dijo Sergio y quitó la lona de encima.

El banco parecía una escalera de aluminio. Don Pablo sacó los pies del mar y los subió a la lancha. Dentro de esta tenía una claraboya amarilla, dos remos viejos de madera apolillada, se sentó sobre el banquito y le hizo una señal al joven para que lo empujara hacia el mar. La lancha flotaba sobre el agua salada, el hombre miró al mar, vio que la arena estaba varios metros debajo de él, encendió el motor y se dirigió hacia los adentros del agua. Luego de avanzar por poco más de una hora decidió apagar la máquina impulsora. Con ambos brazos levantó la red y la lanzó con un lento movimiento de cintura. De la cuerda que sobraba de la red amarró la boya que llevaba; de nueva cuenta encendió la lancha y partió de vuelta a la orilla. Cuando llegó, Sergio lo esperaba debajo de una palapa, este se levantó de la arena, se sacudió y fue a ayudar a don Pablo, le puso la escalerita y el hombre bajó de espaldas.

—Gracias —dijo sonriendo el anciano.

—Quien le tiene que agradecer soy yo, gracias a usted aprendí a pescar —contestó Sergio.



Don Pablo se marchó de vuelta a casa, el sol ya había bajado su intensidad, ahora no quemaba. Cuando estaba a unos metros de su casa logró ver que doña Rosa cerró la puerta, ambos caminaron hasta encontrarse de frente.

—Te tardaste mucho —comentó la mujer.

—Ya soy muy viejo... tengo las rodillas oxidadas —bromeó don Pablo.

—Ahorita vas a tener que aceitarlas porque ya nos vamos a la fiesta —expresó doña Rosa mientras tomaba el brazo de su esposo.

Ambos caminaron por la senda empedrada como dos jóvenes enamorados, el cielo ámbar, las nubes rosadas y el sol amielado los acompañaban desde atrás, las luces de las casas se encendieron e iluminaron su camino hasta formar dos siluetas negras.

Cuando llegaron a la plaza, muchas personas de la comunidad huazanteca se encontraban disfrutando del espectáculo

que daban casi cien personas (hombres y mujeres) que usaban camisa blanca, sombrero, saco, pantalón y zapatos negros. Lo que más sobresalían en sus vestimentas eran sus máscaras blancas con ojos, cejas y bigote color carbón. Todos bailaban al ritmo de la música que tocaban hombres mareños con la flauta de carrizo. Luego de casi una hora, las danzas llegaron a su fin y todos los ikoots que estaban en la celebración de Corpus Christi, guardaron silencio. El sonido de las astas de venado les indicó que el momento de honrar el sacrificio de Jesucristo había llegado. Uno de los hombres más viejos que habían estado bailando se quitó la máscara y comenzó a rezar. Las demás personas de la comunidad huave lo siguieron.

—Mi señor, te pido que nos bañes con tu agua sagrada a nosotros tus hijos y a la madre tierra, para que nuestros hermanos zapotecas puedan seguir obteniendo frutos de sus cultivos — dijo don Pablo en voz baja.

La ceremonia duró casi dos horas, don Pablo y doña Rosa no se movieron jamás del lugar donde estuvieron parados. Un par de hombres con paliacates rojos y ropas blancas pasaron al centro a bailar acompañados de dos mujeres que vestían sus

huipiles rojos con franjas amarillas. Doña Rosa y don Pablo no pudieron evitar recordar el día en el cual se conocieron. Tenían quince años y fue en la danza de las “Parejas Divinas”, ambos pasaron a bailar y por azares del destino les tocó ser pareja. Cuando la danza que les había recordado sus años de juventud dio fin, ellos volvieron a su casa.

El cielo se pintó poco a poco de índigo, las estrellas adornaron la noche con su brillo y la luna iluminó al pueblo que estaba de fiesta. Luego de once meses de no poder disfrutar de la lluvia, una pequeña gota transparente cayó sobre las manos de don Pablo y doña Rosa cuando iban camino a su hogar. Ambos miraron al cielo y vieron la lluvia torrencial que ya caía sobre ellos, no corrieron ni se ocultaron bajo otra casa, disfrutaron de la llovizna como el día en que se besaron por primera vez después de ir a comer una nieve de limón. El agua arreció, las nubes cubrieron a la luna y nadie pudo ver aquellas manos entrelazadas.

Cuando llegaron a su casa los ancianos estaban empapados. Don Pablo se quitó el sombrero y lo dejó debajo de la mesa, doña Rosa, puso dos ollas con agua, una para bañarse y otra más pequeña para tomar café. Cuando ambos terminaron de



ducharse se sentaron en la mesa para cenar pan de canela con café. La pareja se miró a los ojos y sonrieron de forma coqueta, en sus miradas se decían lo mucho que se amaban. Después de cenar doña Rosa recogió los jarritos y los llevó al lavadero, don Pablo no le quitaba la mirada a su esposa, la veía igual de bella que hace sesenta años.

— ¿Te ayudo a lavar los trastes? —preguntó don Pablo.

—Ahorita yo los lavo, mejor ya vete a acostar porque mañana te vas temprano, yo como quiera que sea me quedo descansando unas horas más —contestó riendo la mujer.

Don Pablo asintió sonriendo y se fue a la cama, en cuanto tocó su almohada se quedó profundamente dormido, incluso, olvidó taparse con la cobija. Luego de poco tiempo, doña Rosa se acostó a lado de él, echó la cobija para ambos y no tardó en dormirse con las gotas de lluvia que golpeaban la lámina.

A la mañana siguiente, del cielo gris caía una sutil llovizna, el sol parecía no estar vivo y el frío entraba por la rendija de la ventana. Don Pablo se despertó con mucho sueño, le dolían las pier-

nas y sus pies los sentía pesados, se levantó despacio de la cama y despertó a doña Rosa.

—Perdón por despertarte —dijo el hombre.

—No te apures. Desayuna antes de irte, dejé el pan en la mesa —expresó doña Rosa.

Don Pablo se cambió la ropa de dormir, se puso huaraches, pantalón, una camisa beige y una chamarra de algodón roja con cuadros negros. Salió a la cocina, agarró un pan y antes de salir tomó su sombrero de paja. Afuera, el aire era gélido y la lluvia era abundante, Don Pablo se cubrió el pecho con su chamarra y siguió su camino, cuando estaba cerca de la playa su cuerpo ya había entrado en calor a pesar de ir con la ropa húmeda.

— ¡Don Pablito! —gritó Sergio que vestía un short y una playera amarilla con una gruesa franja azul debajo del pecho.

—Buenos días muchacho, ¿no tienes frío? —preguntó el anciano.

—No —contestó riendo.

—Lo que es estar joven... —comentó sonriente don Pablo.

— ¿Le ayudo con su lancha don Pablito?

—Sí me haces favor te lo agradecería mucho.

Sergio fue por la lancha de don Pablo, juntos quitaron la lona que cubría la barca, el joven sacó la escalera y ayudó al hombre de la tercera edad a subir.

— ¿Tú no vas a ir a pescar? —preguntó don Pablo.

—Sí, yo en un ratito me voy a ir también, nada más desayuno algo —respondió Sergio.

La lluvia aumentó su intensidad. Don Pablo metió los remos al mar para avanzar un poco, cuando los granos de arena estaban varios metros debajo de la superficie del agua, el hombre encendió el motor de la lancha. A lo lejos pudo apreciar la boya amarilla a la que había amarrado su red de pesca, estaba más lejos de lo que había recordado haberla dejado, pensó que quizá por el movimiento de las olas del mar se había alejado. Luego de cinco minutos de haber avanzado, el motor de la lancha hizo ruidos extraños, poco a poco perdió fuerza hasta dejar varada la lancha. Don Pablo revisó el motor, este estaba bien, pero había dejado de



funcionar porque se había quedado sin combustible. El hombre sin pensarlo tomó ambos remos de madera y avanzó, notó que la boya seguía avanzando, no entendía qué era lo que pasaba, pero la intriga hizo que el hombre siguiera remando con más velocidad.

Cuando don Pablo se había dado por vencido por no alcanzar la claraboya, está fue acercándose hacia él, las olas no eran quienes la movían, el hombre se extrañó. Volvió a remar con fuerza para encontrarse con la bola amarilla y cuando estuvo cerca de ella desató el nudo que le había hecho y comenzó a levantar de a poco la red, mientras más la alzaba más pesada se volvía. Don Pablo se asomó hacia abajo, pensó que quizá se había atorado la red con una roca, mas no fue así, lo que hacía que pesara tanto era un pescado que media la mitad del tamaño de la lancha. Los ojos del hombre se engrandecieron, en toda su vida jamás había atrapado un pez tan grande, la fuerza volvió a los brazos de don Pablo, subió la red y pudo observar que el cuerpo del pescado tenía un color lila.

El cielo se llenó de nubes negras que corrían en el firmamento, aparecieron rayos que producían truenos ensordecedores y la

lluvia se convirtió en granizo, a pesar de ello, el hombre estaba feliz. Las súplicas que había hecho la noche anterior habían sido escuchadas. Don Pablo volvió a agarrar fuerzas y una vez más jaló hacia arriba la cuerda para sacar al pez. Logró extraerlo del mar, pero este comenzó a saltar e hizo que la red y el hombre cayeran al agua helada, don Pablo como pudo subió a su lancha, una vez arriba empezó a tiritar de frío.

—Pescadito, sé que estoy haciendo mal al querer sacarte de tu hogar... te pido disculpas si te molesté —dijo mirando hacia el mar.

Don Pablo aflojó la red para que el enorme pescado quedara libre. El granizo se convirtió en lluvia, los truenos se callaron, las nubes se esfumaron, el sol revivió en el cielo despejado y, finalmente, una luz blanca iluminó al hombre y a su lancha.

—Eres un buen hombre —dijo una voz grave.

El hombre, sorprendido, observó el cielo y después miró abajo, ahí estaba el pescado mirándolo fijamente con sus ojos negros.

— ¿Puedes hablar? —preguntó extrañado don Pablo.

El pez metió su cabeza al agua y se fue huyendo. Don Pablo miró otra vez al cielo, la luz que lo iluminaba había desaparecido. El hombre cerró fuertemente los ojos, se quitó el sombrero y se rascó la cabeza, no entendía lo que acababa de pasarle. Sumergió sus remos al agua y dirigió su lancha hacia la orilla con la certeza de que nadie iba a creer lo que acababa de ocurrirle.



Virgen sirena

Virgen sirena



El viento sopló y las gaviotas abrieron sus alas frente al sol que alboreaba en el horizonte, el agua salada estaba en quietud total y se tiñó rojiza. El cielo carmesí se fue degradando entre matices rosas y naranjas hasta llegar a un color azul claro. Sobre la inmensidad del profundo mar, una gran cola áspera y escamosa se asomó, brillaba con los rayos solares como si tuviera diamantina. Cuando esta se ocultó, las primeras olas del día surgieron en las playas de San Mateo del Mar.

La luz azafrán del sol llegó a la casa de la familia Cocicopi. Miguel, el más pequeño de la familia, despertó y miró hacia la ventana, al ver que el cielo comenzaba a aclararse, sonrió. Se levantó de la cama y le tocó el hombro con sutileza a Tomás, su padre, que dormía en otra cama con Raquel, su madre.

— ¡Pá, ya amaneció! —susurró Miguel.

—Ya voy —contestó Tomás.

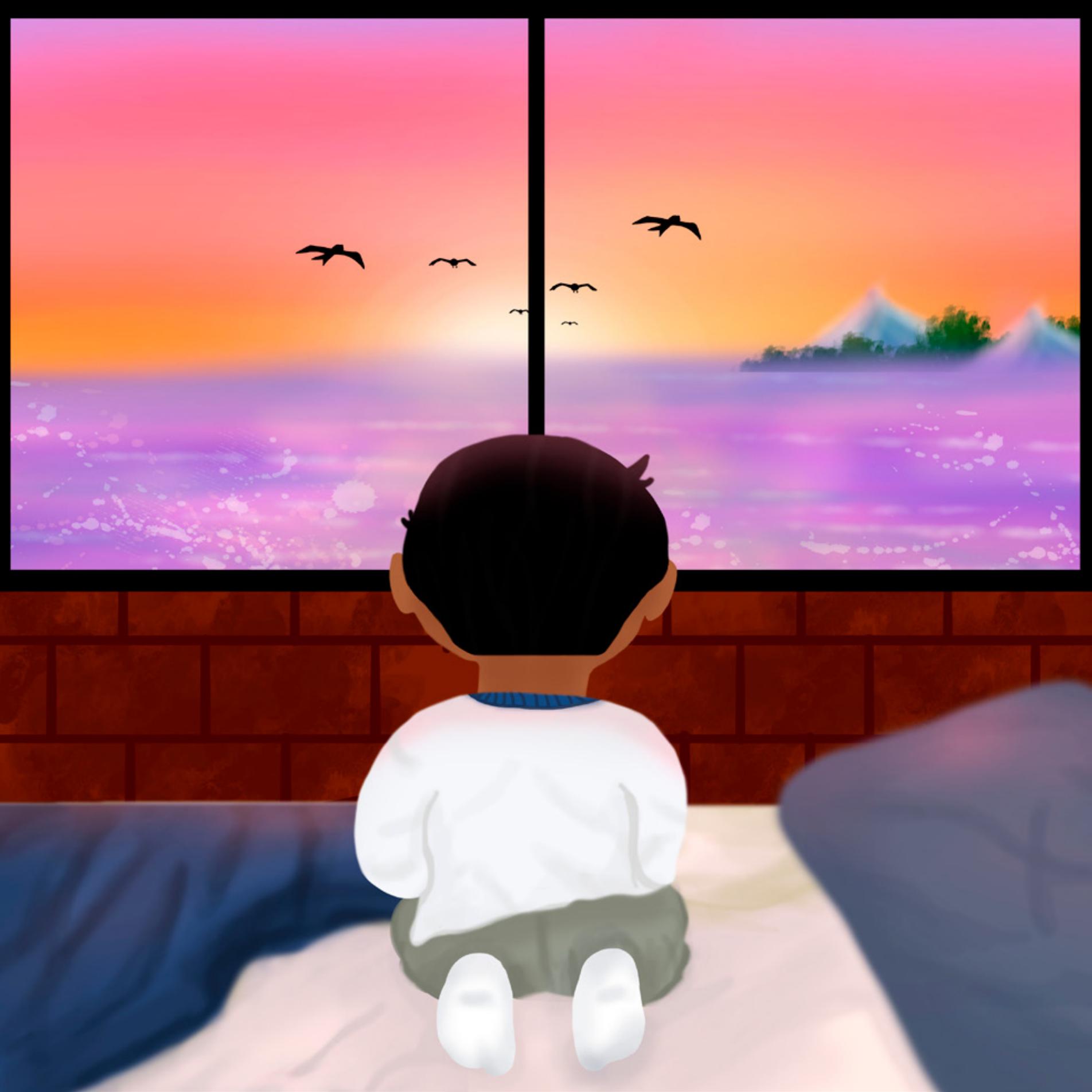
—Se nos va a hacer tarde pá...

El papá de Miguel llevó sus manos hacía sus ojos y se los talló con los nudillos de los dedos índices. Se levantó de la cama con cautela para no despertar a su esposa, sin embargo, no lo logró, pues esta tenía el sueño muy ligero y al escuchar ruido se levantó, prendió el anafre y calentó tres tamales de camarón que hizo la tarde anterior. Mientras Raquel preparaba el desayuno, Miguel y Tomás se cambiaron la ropa y se pusieron un short, playeras de algodón sin mangas y chanclas para ir a pescar. Se acercaron a la puerta con una cubeta de plástico y dos atarrayas (una más grande que la otra) que habían tejido Raquel y Tomás.

— ¡Ya casi están los tamalitos! —gritó Raquel, quien estaba afuera junto al anafre.

— ¡Nosotros también!, ya casi terminamos de arreglar las cosas que vamos a llevarnos para pescar —respondió Tomás.

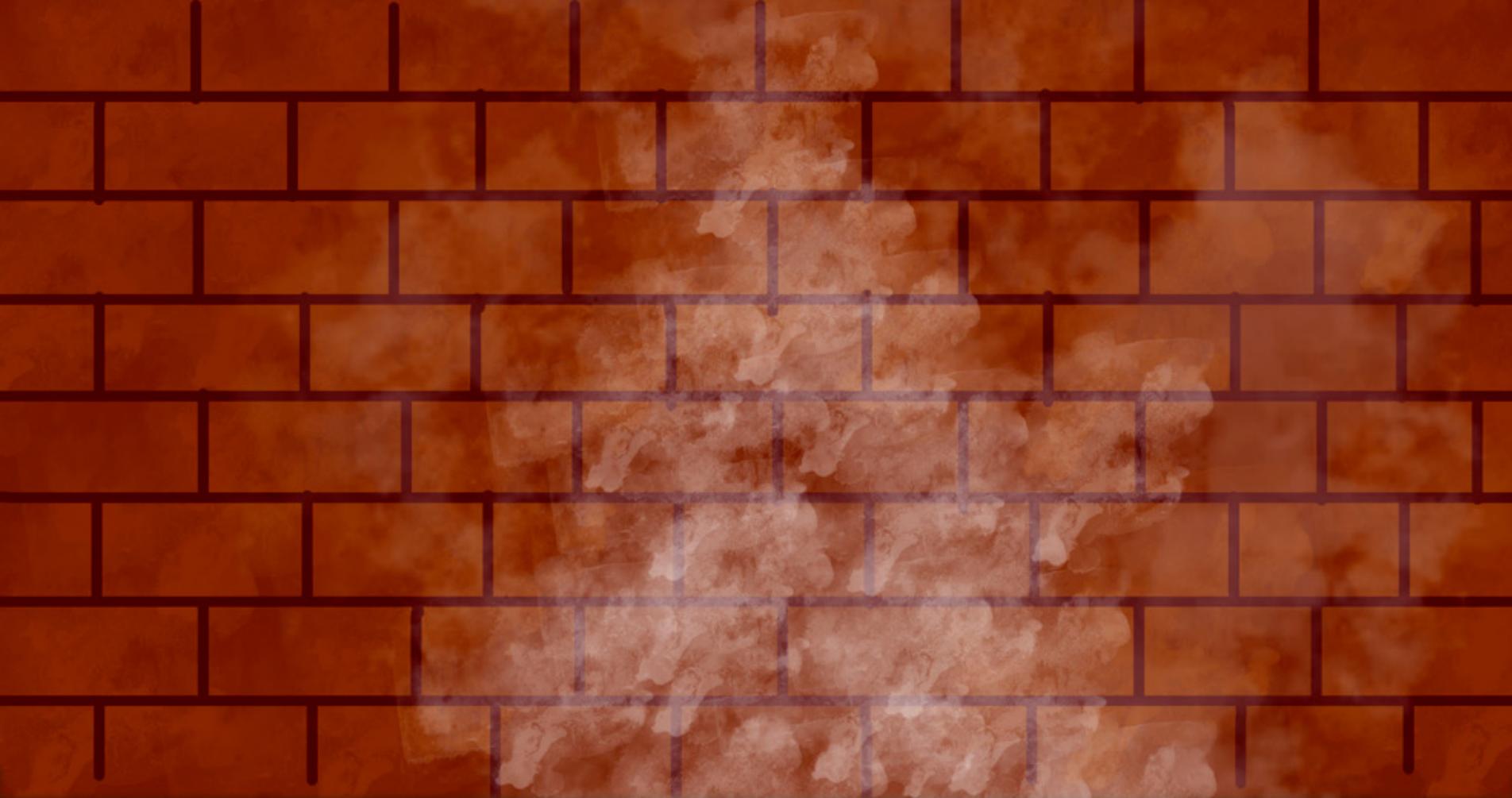
Luego de unos minutos, Raquel llevó a la mesa los tamales sobre un plato verde extendido. Miguel sacó tres platos y Tomás tres jarros rojos en los cuales sirvió el café que había en una olla que al igual que los demás trastes era de barro. Se sentaron a



comer y abrieron las hojas de maíz que cubrían los tamales, salió el vapor cálido que poco a poco avanzó por el aire y se coló en los orificios nasales de los Cocicopi.

Cuando terminaron de desayunar, los dos hombres de la casa se dirigieron a la puerta. Cada uno agarró su sombrero de palma que colgaba en la pared (uno arriba del otro). Miguel cargó la atarraya pequeña y Tomás la grande y salieron de su hogar. El cielo relucía azul celeste, no había ninguna nube y el calor que desprendía el sol era asfixiante. Raquel les dio una botella con agua que Tomás guardó en su mochila y ambos partieron hacia el sur.

Después de haber caminado por diez minutos llegaron a la laguna en donde pescaban camarones, esta tenía un color verde esmeralda y brillaba con el sol que le daba de lleno. Tomás, le dio la mochila a Miguel y se metió al agua hasta que le llegó a la rodilla, agarró con ambas manos la atarraya pequeña, giró su torso hacia la izquierda, extendió los brazos y regresó su cuerpo mientras lanzaba la red con fuerza. Esta se extendió y se formó una especie de telaraña en el aire que cayó lentamente hasta hundirse dentro del agua, Tomás, sujetó con fuerza una cuerda



que formaba parte de la atarraya para que no se perdiera. El rostro de Miguel era de sorpresa, nunca había visto cómo pescaba su padre.

— ¿Sí viste cómo lo hice? —preguntó el padre.

—Sí pá —contestó Miguel con una sonrisa y un resplandor en los ojos.

—Ahorita te toca a ti.

Tomás jaló la atarraya y caminó hasta la orilla donde estaba su hijo, abrió la red que estaba llena de piedras y arena, Tomás fue apartando todo hasta encontrar cinco camarones, los tomó con ambas manos y se los mostró a su pequeño que quedó impactado, pues jamás había visto uno vivo.

— ¡Pescaste muchos pá! —comentó feliz.

—Y ahorita fueron poquitos, luego pesco como quince en una lanzada.

— ¿Puedo intentar yo pá? —preguntó Miguel emocionado.

—Sí, inténtalo para que aprendas a lanzar la red —contestó Tomás mientras echaba los camarones en la cubeta.

Tomás acomodó la atarraya y se la dio a Miguel. El pequeño caminó y se metió a la laguna hasta que el agua cubrió su cadera, giró el torso y aventó la red hacia arriba, sin embargo, olvidó agarrar la cuerda para que no se perdiera, su padre se percató de ello y logró alcanzarla.

—Esta cuerquita no la sueltes porque si no se te va a perder y cuesta trabajo encontrarla —le explicó Tomás a su pequeño.

—Perdón... —contestó triste Miguel.

—No pasa nada hijo, a mí también se me olvidaba agarrar la cuerda cuando estaba chico —respondió sonriendo.

— ¿Podemos ver cuántos camarones agarré? —preguntó el pequeño con la misma sonrisa que lo había acompañado todo el día.

—Sí, vámonos para afuera —contestó Tomás mientras jalaba la atarraya.

Una vez fuera de la laguna, Miguel y Tomás abrieron la red, se encontraron con mucha tierra y demasiadas piedras negras y cafés, las quitaron todas, pero no encontraron ningún camarón. Miguel se sintió apenado con su padre, la sonrisa que antes relucía en su rostro había desaparecido, pues el pequeño quería demostrarle que también podía ser un buen pescador. Tomás se dio cuenta de ello y animó a su pequeño

—Tranquilo, no pescaste ningún camarón porque todos se asustaron cuando yo tiré la red, mañana regresamos, vas a ver que los camarones van a caer. Ahorita vámonos a la playa, te voy a enseñar a pescar tilapias.

Tomás dobló la atarraya, cargó la cubeta con camarones y caminó rumbo al mar junto a Miguel que lo siguió feliz. Luego de varios metros, llegaron a la playa, los rayos del cálido sol hacían que el mar brillara como si fuera un manto estrellado, las olas eran tranquilas y la brisa refrescaba su rostro. Ambos se quitaron las chanclas y las guardaron en la mochila para que sus pies tocaran los granos de arena. Miguel corrió hacia el mar, cuando entró al agua sintió una frescura tan grande que lo hizo sonreír.



Mientras el pequeño jugaba a luchar contra la corriente del mar que lo quería arrastrar a sus adentros, Tomás jalaba con ayuda de una cuerda gruesa de ixtle su lancha de aluminio blanco que se estaba descascarando, pues esta había sido de su abuelo y luego de su padre. Luego de las dificultades que tuvo que pasar para meter la barca al mar, se subió a ella. Por dentro estaba pintada de color azul, tenía tres tablas para sentarse, dos remos de madera, la mochila del hombre y ambas atarrayas.

¡Miguel, ya súbete! —gritó Tomás.

—Voy pá... —dijo Miguel que caminaba con dificultad porque la arena hundía sus pies.

Una vez que el pequeño llegó hasta el bote, su papá lo tomó del torso y lo subió. Miguel tenía la ropa húmeda y pesada. Cuando el chico se sentó en la madera de enfrente le brillaron los ojos, había esperado ese momento por muchos años, pues siempre que su papá regresaba a casa y les contaba sobre su día, Miguelito se imaginaba el día en el cual él estuviera haciendo todo lo que su padre hacía.

—Ahora tenemos que avanzar... toma un remo —dijo Tomás mirando a su hijo.

— ¿Agarro el que sea? —preguntó Miguel.

—Sí, agarra cualquiera y siéntate de un lado, yo me voy a sentar del otro —indicó el padre.

Miguel agarró un remo que estaba apolillado de la parte de arriba, era muy pesado y le costaba trabajo levantarlo. Su padre se percató de ello y le ayudó a cargarlo.

—Yo remo hijo para que veas cómo se hace y después te toca a ti —dijo sonriendo.

Tomás avanzó varios kilómetros hasta un punto en el cual sólo lograba ver agua a su alrededor, los ojos miel de Miguel observaron el color esmeralda del mar que se reflejaba en ellos; las gotas de sudor caían una tras otra por las sienes de ambos. Tomás le pidió agua a su hijo, este sacó la botella de la mochila y se la dio a su papá para que se hidratara. El movimiento de las olas hacía que la lancha subiera y bajara provocándoles un cosquilleo en el estómago. Tomás le regresó la botella al pequeño y volvió

a remar durante varios minutos hasta lograr ver a lo lejos una roca grande color caramelo. Se detuvieron, Tomás agarró la atarraya grande, se puso de pie abriendo sus piernas como un compás para que la lancha se quedara estable y no se volteara.

—Hijo, aquí es donde vamos a pescar —indicó Tomás.

— ¿Aquí hay muchos peces? —preguntó el pequeño.

—Sí, en esta zona vine por primera vez a pescar con tu abuelo.

— ¿Cuántos atrapaste la primera vez? —cuestionó Miguel emocionado.

—Pesqué cuatro —respondió orgulloso el hombre.

—Pá, yo quiero pescar también cuatro —dijo Miguel levantándose y provocando que la barca se moviera de un lado a otro.

—Seguro que vas a pescar más que yo hijo. Mira, te voy a enseñar cómo debes lanzar la atarraya que está más grande. Primero tienes que tomar la cuerda en tu mano, acuérdate que no la debes soltar. Después, toma una parte de la red y la sujetas

fuerte junto con la cuerquita, luego lanzas la atarraya con el movimiento de cadera que ya te había enseñado —indicó Tomás.

Miguel hizo cada uno de los pasos que le dijo su padre, lanzó la red al aire y vio cómo la telaraña de nailon se extendía frente al sol hasta caer al mar y hundirse. El pequeño quedó enceguecido unos segundos por haber visto de frente el gran foco del mundo. Cerró los parpados y en la oscuridad vio cientos de luces de colores que chocaban entre sí.

¡Muy bien! Lo hiciste increíble —dijo Tomás con una sonrisa en su rostro.

¿Enserio pá? —contestó Miguel abriendo poco a poco los ojos.

—Sí, aprendiste rápido —manifestó el padre.

— ¿Ya podemos sacar la red para ver cuántos peces atrapé? —preguntó el pequeño Miguel que ya había abierto por completo los ojos.

—No, tenemos que esperar mucho más tiempo para que caigan los peces.



El sol cenital reposó sobre la lancha de Tomás, este sudaba, se podía ver en su playera azul cielo que tenía un tono más oscuro en la espalda y el pecho. Miguelito bebía un poco del agua que les quedaba en la botella, a ratos sumergía las manos en el mar formando una cucharita y las subía con fuerza para mojar su rostro y refrescarse.

¿Cuántos peces crees que hayan caído pá? —preguntó Miguel mirando al mar.

—Se mira en el espejo líquido y ve cómo una gota dulce nace de su ojo, se aferra a su mejilla, no quiere caer a donde las rosas no volverán a aparecer —recitó una melodiosa voz que viajó hasta los oídos de Tomás y Miguel.

El pequeño volteó sonriendo a ver a su padre quien también lo miraba, las palabras no lograron salir de sus bocas, pero sus rasgos denotaban alegría.

¿Oíste? —preguntó Tomás a su hijo.

—Sí, alguien cantó pá.

—En la espuma del agua salada su corazón cayó y todos se marcharon olvidando el amor que algún día le entregaron —gritó la afable voz.

Al oír de nueva cuenta la apacible voz, Tomás sacó la pesada atarraya del mar. Cuando la extrajo del agua se tambaleó por los peces que saltaban. Miguel ayudó a su padre a subir la red dentro de la barca y la abrió. Miguelito había logrado pescar siete tilapias pequeñas, no podía creer que su primera pesca hubiera sido tan buena. Movieron los peces a la popa, el padre tomó los remos, los metió de vuelta al mar y comenzó a impulsar la lancha hacia el bello canto. La voz angelical parecía que provenía de donde estaba la gran roca, pues mientras más se acercaban, el cantó se escuchaba más claro.

Tomás remó sin detenerse a pesar de sentir que los brazos le quemaban y le pedían descansar, pues la melodía que viajaba a sus oídos lo impulsaba a seguir remando. Cuando llegaron al peñasco lucía mucho más grande e imponente que antes, era poroso y formaba la entrada de una cueva con un arco que parecía el de un altar. Cuando se acercaron a la roca, Tomás paró de remar y la bella voz se detuvo, el viento dejó

de soplar y las olas se apaciguaron. La tranquilidad que se respiraba era única, no había nadie, sólo una mujer de cabello azabache y trenzado; la mayor parte de su cuerpo estaba sumergida en el mar y les daba la espalda. Ambos, extrañados, se miraron a los ojos. El hombre dudó en hablarle a la joven, no quería romper la armonía del silencio.

— ¡Hola! —dijo Miguel de manera amigable.

La bella mujer se sumergió rápidamente en las aguas saladas provocando olas enormes y gran cantidad de espuma blanca; temía que le quisieran hacer algo malo. Luego de no ver que la mujer saliera del agua, Miguel se paró de la canoa para buscarla. Tomás se asustó, habían pasado varios minutos desde que la chica había sido cubierta por el mar. El pequeño se volvió a sentar en la lancha, metió sus manos al agua tibia y lanzó un poco de esta hacia los costados con la esperanza de encontrar a la bella mujer. Entre el verde esmeralda del mar vio el rostro de una chica, su piel era de color marrón, sus ojos eran grandes y de color avellana, su nariz era pequeña y sus labios malva. La mujer parecía estar asustada, pero aun así sus

rasgos la hacían ver sumamente hermosa. Las cejas de Miguel se elevaron, las pupilas de sus ojos se dilataron y su boca se abrió levemente.

— ¡Está aquí abajo pá! —gritó Miguel.

Tomás se acercó a estribor para buscar a la joven, pero ya no estaba donde la había visto el pequeño.

— ¿Seguro que la viste? —preguntó desesperado el hombre.

—Sí, la vi y ella a mí. Tal vez nadó al fondo pá... —sollozó Miguel.

Luego de oír eso, Tomás no dudó y se lanzó al mar con los brazos extendidos hacia enfrente.

—Oye... —dijo una dulce voz detrás del pequeño.

El timbre que acompañaba a esas palabras le era conocido a Miguel, volteó poco a poco hasta lograr ver el joven rostro de la mujer que antes cantaba dulcemente a los pies de la roca. La mujer tenía ambos antebrazos sobre la lancha, cientos de gotas de agua embellecieron su cara y las trenzas le caían sobre



el pecho. Las olas del mar se calmaron. Tomás regresó a la superficie y quedó igual de asombrado que su hijo al ver a la mujer.

—Perdón por ocultarme de ustedes, creí que me querían hacer daño como los demás hombres... —dijo triste la joven, pero su voz no dejaba de sonar encantadora.

—Estuvo mucho tiempo bajo el agua, ¿está bien señorita? —preguntó Tomás desde el otro lado de la lancha.

—Sí, estoy bien, he aprendido a resistir bajo el agua por mucho tiempo —respondió afligida la joven.

—Oye, ¿cómo te llamas? —cuestionó Miguel.

—Los más viejos me solían llamar Virgen del mar, pero algunos años después me comenzaron a nombrar Virgen Sirena y ahora ya ni siquiera me mencionan... —dijo con una lágrima en el ojo izquierdo.

— ¿Por qué estabas cantándole a esa piedra? —preguntó Miguel señalando hacia la cueva que habían visto antes.

—Ese era el lugar a donde me venían a visitar hombres, mujeres y niños antes de que las olas del mar nacieran y antes de que llegaran los hombres que destruyeron todo lo que no tenía que ver con sus santos, por eso tuve que saltar al mar.

— ¿Antes de que te ocultaras en el mar no existían las olas? — preguntó asombrado Miguel.

—No, yo soy la madre de las olas y la espuma, que no son otra cosa que el huipil blanco que vestía hace años.

Miguel se acercó a ella para limpiarle las lágrimas que escapaban de su rostro, tocó su piel áspera, cuando quitó su mano rozó una de las trenzas y vio que tenía moho en el cabello. El pequeño miró por debajo del agua, quería ver si la mujer tenía cola de pescado como todas las sirenas, vio que tenía escamas tornasol, algunas eran azules, verdes y moradas. Con cada movimiento ondulatorio que hacía, provocaba que su cola brillara con los tres colores.

—Les voy a pedir que no le cuenten a nadie que me vieron. Temo que gente mala venga a buscarme —dijo asustada la virgen sirena.

— ¿Tampoco puedo contarle a mi mami que te vi? Ella es buena.

—Sólo cuéntale a ella —contestó la bella mujer con una blanca sonrisa en el rostro.

El sol comenzó a ocultar su brillo en el horizonte, un par de gaviotas surcaron el cielo naranja por encima de la lancha. El soplido del viento llegó junto con la brisa que chocó contra los tres rostros. El mar fungió como espejo del cielo y se tiñó de color salmón. Tomás sujetó sus remos, los sumergió en el agua que estaba en quietud total y comenzaron a avanzar de vuelta a casa. Miguel no dejaba de mirar atrás, quería estar seguro de que no había sido un sueño conocer a una sirena.

—Cuando la luna bese al mar, mi corazón ya no llorará, hoy he conocido a un par de buenas personas, creo de nuevo en la humanidad —cantó la virgen sirena.





2 de Febrero



2 de Febrero



El sonido de la flauta de carrizo viajó acompañado de la resonancia producida por el caparazón de tortuga y la percusión de las astas de venado. El sonido de los instrumentos musicales recorría en San Francisco del Mar a través del aire fresco de la mañana del mes de febrero hasta incrustarse dentro de los oídos de los residentes del pueblo. María despertó estirando los brazos como todos los días, soltó un bostezó grande, tan grande como si quisiera comerse a Raquel, su hija de ocho años que estaba descansando a un costado de ella. María vio a la bella Virgen de la Candelaria, la observó cargando a su hijo y usando su manto azul con estrellas doradas, la figura era de porcelana. María, después de apreciar a su Virgen que estaba en el altar de madera, le tocó el hombro sutilmente a su pequeña para despertarla, esta dormía tan profundamente que se quejó y se dio la vuelta para acomodarse con el rostro hacia la pared.

María se levantó de la cama que estaba fabricada a base de madera de pino, una vez que estuvo de pie, echó sus hombros hacia atrás, tocó su espalda baja con su mano izquierda e hizo un gesto de dolor. Volteó a ver a Raquel para ver si estaba despierta, pues en ocasiones se hacía la dormida para jugar, pero esta vez no era así. La joven madre se trenzó el cabello y se cambió la ropa de dormir, se puso una falda tableada color cereza y se la fajó a la altura de la cadera, la sostuvo con un ancho ceñidor blanco. Y se puso una blusa de manta color carmesí, esta tenía dos franjas amarillas verticales en las cuales se podía apreciar el bordado en forma de girasoles que ella había realizado. Finalmente se puso sus huaraches de cuero y salió de su hogar que estaba hecho de adobe.

María prendió el hornillo de metal que aún seguía caliente, pues unas horas antes, Pedro (su esposo) había puesto a calentar café para desayunar antes de ir a pescar. Mientras comenzaban a arder las brasas, María entró a su casa para sacar el comal de barro, encima de este puso un recipiente con agua y una bolsa negra que tenía debajo de la mesa. Después de unos minutos salió el humo gris del anafre, poco a poco se esparció en el cielo azul adornado con nubes algodónadas.



Colocó el comal sobre el piso de tierra y abrió la bolsa de plástico, metió su mano izquierda dentro de esta y con la yema de sus cinco dedos tomó un poco de cal, seguido a esto, la mujer mezcló el polvo blanco con el agua de la jícara hasta teñirse de un color ostión. Echó el agua al comal y con su mano lo talló. La textura era rasposa, luego, entró por más agua para enjuagar la plancha de barro y de inmediato el perfume de la tierra con el agua (petricor) comenzó volatilizarse por el aire. Para secar el comal lo puso sobre el carbón que estaba encendido, todo ese ritual lo tenía que realizar siempre que quería hacer tortillas, pues de esta manera no se le pegarían. María entró a su casa y se llevó la jícara, la dejó sobre la mesa y fue a hablarle a Raquel, esta vez los movimientos fueron un poco más bruscos que antes.

—Ya levántate Raquelita, casi son las siete —dijo María acariciándole el hombro a su hija.

—Ya voy mami... —contestó Raquel adormilada.

—Tállate los ojitos, para que no se nos vaya a hacer tarde. Voy a ir poniendo los frijolitos y el café en la lumbre para desayunar.

María tomó un jarrón con café que tenía sobre la mesa y salió para ponerlo en el hornillo. Luego de un rato, Raquel se levantó de la cama y se cambió de ropa. Por fin había llegado el día que tanto había esperado, iba a estrenar el huipil mostaza que le había hecho su madre en el telar de cintura. El color que había escogido era poco común, es decir, las mujeres de la comunidad los usaban en distintos tonos de rojo. El vestido adornado de la pequeña tenía bordados, a los costados, que había bordado ella misma, no eran perfectas las vírgenes que había intentado plasmar, pero hacían que el huipil luciera único. La pequeña se hizo una trenza floja, se puso unos huaraches iguales a los de su madre y salió.

—Te quedó muy bonito el huipil —expresó María mientras soplabla al cenicero para avivar el fuego.

—Yo creo que ya crecí mami, porque cuando me lo terminaste de hacer me quedaba abajo de la rodilla y ahora ya me llega un poquito más arriba —dijo Raquel apenada.

—Pues ahora sí vas a tener que usarlo hasta para dormir para que no lo dejes tan rápido hija —contestó riendo María.

— ¿Entonces me puedo dormir con él hoy después de la fiesta?
—preguntó Raquel.

—Al ratito vemos. Mientras, pásame la masa que hicimos ayer... la dejé adentro del refri —contestó María con una sonrisa.

Raquel entró a su casa y se dirigió al refrigerador, cuando lo abrió, una fumarada fría salió acompañada de un aroma a mar. Dentro del refrigerador había tinas de plástico con camarones, diversas clases de pescado y una bolsa transparente con una bola de masa de maíz blanco, la sacó y se la llevó a su madre.

—Aquí está mami —dijo Raquel mostrando la masa.

—Ayúdame a hacer bolitas de masa para hacer las tortillas —pidió la joven madre mientras quitaba el café y los frijoles del comal.

Raquel tomó un poco de masa del tamaño de su pequeña mano y se la dio a su madre. María comenzó a aplastar la masa con ambas manos hasta dejarla delgada como una lámina, se la pasó de mano en mano un par de veces hasta que finalmente la recostó sobre el comal que emanaba humo. La pequeña también ayudó a amasar e hizo unas tortillas un poco más chicas y gruesas que

las de su mamá. María entró a su casa y regresó con una servilleta verde como el limón, la había tejido ella misma y metió las tortillas. Ambas mujeres entraron a la casa y se sentaron frente a la mesa para desayunar un plato de frijoles, café y tortillas.

Cuando terminaron de comer, sacaron del refrigerador las tinas de plástico que tenían mariscos, María vació un poco de hielo en cada una de las tres tinajas que estaban sobre el suelo para que los pescados y camarones no se echaran a perder mientras los vendían en el tianguis.

— ¿Vamos a ir a vender al tianguis del cerro? —cuestionó Raquel a su madre.

—No, acuérdate que los sábados nos toca ir al tianguis que está por la playa —contestó María mientras cargaba dos tinas con pescados en cada brazo.

Raquel agarró una bolsa de plástico verde que estaba debajo de la mesa, dentro de esta tenían más bolsas para despachar. Luego cargó la tina más pequeña en donde tenían los camarones, estos casi del tamaño de una langosta, tenían un color melocotón y la piel parecía ser aperlada. Ambas caminaron rumbo al

mercado, el sol comenzaba a calentar al pueblo, eran las ocho de la mañana. Las personas de San Francisco del Mar ya estaban de pie, en las ventanas de algunas casas se podía observar a las mujeres preparando sus platillos para festejar el día de la Virgen de la Candelaria. El olor del mole negro se escapaba de la mayoría de los hogares por las que pasaron María y su pequeña antes de llegar al tianguis donde iban a vender.

Cuando llegaron miraron a los hombres, mujeres, niñas y niños que al igual que ellas vendían los productos que pescaban, cultivaban o tejían como: cangrejos, ostiones, almejas, camarones y una gran variedad de pescados.

—Vamos a ponernos aquí, al lado de doña Juanita —dijo María a Raquel.

La pequeña bajó la bolsa de plástico y la tina al suelo de concreto, posteriormente, María hizo lo mismo. Acomodaron las tinas al frente para que los clientes pudieran ver la mercancía. Juanita, les sonrió a manera de saludo y siguió tejiendo un huipil negro con flores alrededor del cuello. La gente comenzó a llegar al tianguis para hacer sus compras, mujeres pasaban con



sus bolsas de malla de diferentes colores y tamaños, algunas eran con cuadros azules y verdes, otras eran amarillas con rayas anaranjadas, pero todas iban vacías.

— ¿Va a ir a la iglesia al rato doña Juanita? —preguntó Raquel para romper el hielo.

—No creo, ya no me dan las piernas para ir hasta allá arriba, nada más le voy a hacer unos tamalitos de sal a la Virgen, ¿ustedes sí van a ir? —contestó Juanita lentamente mostrando sus encías rosadas.

—Sí, a Raquel le gusta mucho festejar a la Virgencita... Mira, enséñale tu huipil a Juanita —dijo María dirigiéndose a su pequeña.

—Que lindas vírgenes tienes bordadas —expresó Juanita.

—Yo las bordé solita —manifestó Raquel.

—A tu edad también yo empezaba a bordar servilletas, pero a mí no me quedaban tan bonitas... al rato me vas a quitar el negocio —dijo Juanita riendo.

— ¿Cuánto cuesta el kilo de camarón? —preguntó una mujer que llevaba cargando dos bolsas de mandado.

—Lo tenemos en cien pesos, está fresqucito, lo pescó anoche mi esposo —contestó María.

—Véndeme nada más medio kilo, por favor —dijo la mujer mientras sacaba un billete de su monedero tejido.

Raquel sacó dos bolsas transparentes, una se la puso en la mano derecha y la usó como guante, la otra la agarró con su mano izquierda. Caminó al frente de su negocio y echó doce camarones de la tina en el plástico que sostenía con su mano y la amarró con un nudo. La mujer pagó y caminó al puesto que estaba a un costado de Juanita para comprar elotes y chiles.

El día transcurrió veloz, dieron las doce del día, el hielo de las tinajas se había derretido y todos los mariscos que había llevado a vender María se habían vendido. Raquel tiró el líquido al suelo, juntó las tres tinajas, una sobre otra y guardó las bolsas.

—Ya nos vamos —dijo María cerca del oído de Juanita, pues con el murmullo de la gente que estaba haciendo sus compras no la iba a escuchar.

—Ándenle, váyanse con cuidado. Yo también en un ratito ya me voy a levantar, nada más que venga mi nieto para que me ayude con mis cachivaches.

— ¿Quiere que le ayudemos a acarrear sus cosas? —preguntó María.

—No, espero a Juanito, sirve que me quedo otro ratito a ver si vendo algún vestidito o una servilleta...

Raquel se despidió de Juanita a lo lejos con un movimiento de mano y una sonrisa, María cargó las tinas y ambas caminaron por el tianguis para comprar lo que iban a necesitar para preparar la comida de la Virgen de la Candelaria. Primero se detuvieron en un puesto donde vendían jitomate y cebollas, luego, casi al terminar el mercado, compraron chiles, cilantro y epazote y finalmente salieron del tianguis. María estaba sudando a chorros, los rayos del sol estaban en su máximo esplendor, aun así, caminaron rumbo a su hogar, de lo contrario no les daría tiempo de terminar lo que

tenían planeado preparar de comer. A lo lejos ya podían ver su casa amarilla, anhelaban llegar para poder saciar su sed.

— ¡Hey, mujeres! —dijo un hombre.

Raquel reconoció la voz y volteó, era Pedro, la pequeña dejó las tinajas sobre la tierra y corrió a donde estaba su padre, incluso, se olvidó del agua que quería llegar a beber a su casa. Pedro al ver que su hija iba directo a él soltó las dos cubetas que cargaba y de estas salpicaron gotas de agua salada, la tierra se pintó café oscuro. El hombre llevaba tilapia y merluza que había pescado. Raquel llegó hasta donde estaba su padre y saltó hacia él, este la recibió en sus brazos y la abrazó con fuerza.

— ¿Cómo te fue papi? —preguntó Raquel.

—Muy bien, mira cuanto pesqué hoy —dijo Pedro dirigiendo su mirada a la cubeta.

—Pescaste más que ayer papi.

—Sí, hoy no fueron muchos a pescar —confesó el hombre.



— ¡Nosotras terminamos todo lo que pescaste ayer! —expresó la pequeña.

El hombre bajó a su pequeña, tomó nuevamente las dos cubetas, caminó hasta María y la besó en los labios. La pequeña agarró de nueva cuenta sus tinas y los tres retomaron el camino hasta su hogar. Cuando llegaron, María sirvió agua en unos jarritos, la pequeña agarró el que tenía una franja café alrededor de la boquilla y bebió. El agua estaba fresca y tenía un sabor más dulce a diferencia de otras que habían probado, un par de gotas se escaparon de la boca de Raquel, las cuales descendieron por su barbilla y luego por su cuello hasta llegar a su huipil.

Luego de tomar agua, Pedro se dio a la tarea de limpiar los pescados y las tinas en el lavadero que tenían detrás de su casa. Mientras tanto, María les quitaba la colita a los chiles verdes.

— ¡Raquelita! —llamó María a su hija que estaba afuera viendo como pasaban las primeras personas cargando a sus vírgenes para llevarlas a la iglesia.

— ¿Mande mami?

— ¿Puedes llevarle a tu papá las piedras que dejé al lado de la cama para que las lave?

Raquel fue corriendo a la cama, encontró las piedras fácilmente dentro de un costal blanco, se hallaban debajo del altar donde estaba la Virgen de la Candelaria. Eran más de diez, era pequeñas, semi-ovaladas y opacas. El costal a pesar de ser chico pesaba, pero Raquel logró cargarlo y lo bajó, por momentos prefirió arrastrarlo.

— ¿Está muy pesado? —preguntó María.

—Poquito... —contestó Raquel casi sin aire.

—Mejor tú ayúdame a seguir quitándole la colita a los chiles, yo las llevo, sirve que también le pido que me ayude a lavar lo demás para la comida —dijo la joven madre.

María cargó el costal de piedras sin dificultad, en la mano izquierda cargó la bolsa con el mandado y salió de la casa. Mientras tanto, Raquel se paró frente a la mesa y comenzó a arrancarles la cola a los pocos chiles que quedaban. Cuando terminó tiró la basura en el bote que estaba junto a la puerta.

María regresó con los pescados, los puso sobre la mesa y los limpió con una manta de cielo que tenía en el mueble donde tenía los trastes, con el trapo limpio y secó los pescados. Luego con ayuda de un cuchillo largo, cortó por debajo a cada pescado. Pedro entró a la cocina con las piedras y la verdura.

—Ya prendí el anafre —dijo Pedro.

—Gracias, voy a ir poniendo las piedras a calentar —contestó María.

María salió y colocó las piedras al centro del comal, mientras el hombre continuaba cortando y sacando filetes de cada pescado, Raquel ayudaba picando el cilantro y el epazote con un pequeño cuchillo sin filo. Luego de unas horas, el sol bajó su intensidad y se empezó a ocultar dentro de la tierra. María se veía estresada, pues faltaba poco tiempo para que la fiesta comenzara y ella aún no terminaba de preparar el platillo que iba a llevar a la reunión. La mujer se apresuró a picar el jitomate, la cebolla y los chiles, pero por hacerlo tan veloz se rebanó una parte del dedo índice, de inmediato sintió dolor y ardor. El carmín de la sangre se escabulló por la piel de la joven mujer, esta se chupó

el dedo, se puso un pedazo de papel higiénico y siguió cortando. Al terminar, María, se metió a bañar, sólo faltaba ella, pues Raquel ya estaba lista con su huipil mostaza y sus dos trenzas. Pedro traía puesta una camisa de manta blanca y un pantalón de la misma tela y color.

— ¡Pedro!, ¿puedes poner a calentar la olla grande con agua?
—gritó María desde el baño.

— ¡Sí, ahorita la pongo! —respondió y de inmediato salió.

María salió de bañarse, se puso un huipil muy parecido al de Raquel, pero el de ella era lila y tenía rosas bordadas en un color parecido al coral. La mujer se trenzó el cabello y se puso sus huaraches de cuero. Salió a la mesa y en recipientes de plástico guardó todo lo que había picado durante el día. Así mismo, puso el pescado y los camarones, dentro de una de las tinas que usaba para vender. El sol ya estaba durmiendo y la luna era la encargada de iluminar ahora al pueblo de San Francisco del Mar.

— ¿Ya están listas? —preguntó Pedro quien iba entrando a la casa.

— ¡Ya papi! —contestó Raquel muy alegre.

—Sí, yo también ya estoy lista —respondió María mientras acomodaba en la mesa lo que se iba a llevar.

— ¿Entonces me voy llevando la olla al quiosco?

—Ahorita entre los dos nos la llevamos porque está pesada —contestó María a su esposo.

—Yo me la llevo, mejor ahorita entre los dos cargamos el anafre con el comal y las piedras —dijo Pedro mientras agarraba dos trapos húmedos para cargar la olla. María asintió con la cabeza, Pedro salió y Raquel lo acompañó. La pequeña no aguantaba las ganas de ver cómo estaba adornado el quiosco y sobre todo, la iglesia.

Ambos partieron cuesta arriba, la pequeña iba agarrando a su padre de un costado del pantalón, algunas mujeres pasaban con sus cazuelas de barro, otras con sus ollas que despedían un delicioso aroma a café. Los tronidos de los cohetes retumbaban a lo largo y ancho del bello pueblo, el murmullo de la gente le daba una alegría a la noche. Finalmente llegaron al quiosco,

este tenía en la parte de arriba unas flores de plástico blancas y rosas.

En el quiosco un par de personas estaban tocando música con la flauta de carrizo, las astas de venado y un caparazón de tortuga, era un sonido armonioso, además, dos hombres y dos mujeres estaban bailando; los hombres tenían un paliacate rojo en la cabeza y vestían igual que Pedro, las mujeres tenían un huipil azul marino, un rebozo rojo con figuras amarillas y un velo de tul blanco con encajes de rosas; Raquel estaba admirada con lo que estaba viendo, cada año era mejor que el anterior.

Pedro dejó la olla junto a la mesa de Jesús y Blanca, sus amigos de la infancia, y se la encargó. Regresaron por María y el anafre.

La joven madre le rezó a la Virgen de la Candelaria que tenían en su hogar, le puso un plato con caldo de piedra, se persignó, tomó las bolsas con sus refractarios y salió a esperar a su esposo e hija, quienes no tardaron nada en llegar.

— ¡Mami!, adornaron bonito el quiosco y están bailando —dijo alegre Raquel mientras corría con su madre.

— ¿Y la iglesia cómo quedó? —preguntó María emocionada.

—No la vimos, es que nada más dejamos la olla y nos regresamos —contestó la pequeña con una sonrisa.

—Ahorita vamos a verla, yo también quiero saber cómo se ve —dijo Pedro feliz.

— ¿Me ayudas con las bolsas Raquelita? —dijo María a su hija.

—Sí mami, pero ya hay que ir rápido antes de que llegue más gente y no podamos entrar a ver a la Virgen —contestó Raquel.

Pedro le dio a María uno de los trapos que llevaba, ella lo tomó y ambos cargaron el anafre prendido con el comal y las piedras encima. Mientras iban rumbo al quiosco, el cielo se iluminó de diversos colores: amarillo, rojo y verde. Tres fuegos pirotécnicos se posaron en el manto azul petróleo frente a la familia de Raquel, las chispas se esparcieron por el cielo y conforme caían fueron apagándose.

María no pudo evitar ver el firmamento estrellado de la Virgen; la pequeña y sus padres sonrieron al mirar el espectáculo tan bello que acababan de observar. Cuando volvieron al quiosco, había más gente que antes, la pareja se hizo caber entre la multitud hasta llegar al lugar donde estaba la olla con agua caliente.

— ¿Ya vamos a la iglesia? —preguntó Raquel a su madre y padre.

—Sí, hay que ir de una vez porque ya hay más gente y si no ya no vamos a poder entrar a la iglesia —contestó María.

—Yo las espero para que no se quede solita la comida —dijo Pedro.

—Pero tú también querías ir... —contestó triste María.

—Yo voy al ratito, primero vayan ustedes —respondió Pedro sonriendo.

—Bueno, aprovechando que te vas a quedar, ¿te podemos encargar los tamalitos que preparamos Pedro? —preguntó Jesús.

—Sí, vayan, yo aquí me quedo cuidando —contestó Pedro y se recargó en el quiosco.

Raquel y María se fueron junto con Jesús y Blanca, caminaron entre el tumulto de gente para llegar a la iglesia. Muchas mujeres pasaron cargando sus figuras de la Virgen y rezaban. En el cielo volvieron a aparecer los fuegos artificiales, estos se reflejaron en los ojos oscuros de los espectadores. De camino a la parroquia estaba la feria, en ella había juegos mecánicos, negocios de pan, algodones de azúcar, buñuelos, huevos confitados, espumas y dulces tradicionales. Raquel al mirar tantas cosas sintió el antojo de una palanqueta, pero no dijo nada, pues eran más grandes sus ganas por llegar a la iglesia y entrar a ver a la Virgen de la Candelaria.

Finalmente llegaron a la iglesia, esta estaba recién pintada de color beige y tenía tres cúpulas cafés, cada una de estas tenía tres cruces. En la puerta había escarcha plateada, las bancas estaban ocupadas por personas de la tercera edad, quienes cargaban figuras e imágenes de la festejada.



La mujer y su hija entraron al templo y observaron que al fondo se veía a la Virgen de la Candelaria, esta era muy alta, más que cualquier otra. Las estrellas doradas que formaban un círculo detrás de la figura sagrada tenían un brillo incomparable junto a su manto marino. El rostro de la mujer estaba sonriente. En punto de las ocho de la noche, las personas que llevaban su veladora la encendieron y las luces se esfumaron, únicamente la flama amarilla de cada una de las velas alumbró el entorno. Después de varios rezos la luz volvió a aparecer y lastimó los ojos de las personas por unos momentos. Todos salieron de la iglesia, entre ellos María y Raquel, ambas se dirigieron de vuelta al quiosco.

Las personas comenzaron a probar cada uno de los platillos que había en la celebración. María les regalaba caldo de piedra y en cada plato de barro que ofrecía ponía epazote, cilantro, cebolla, jitomate, un camarón y un trozo de pescado. Luego con ayuda de unas pinzas de aluminio tomaba una piedra y la ponía dentro del plato. Para poder comer, las personas, tenían que esperar diez minutos mientras se cocían los mariscos y el resto de la preparación. Raquel fue a pedir un tamal dulce a Jesús, mientras

que Pedro fue a ver si le regalaban un poco de mole verde para él y María.

La comida se terminó rápidamente, apagaron el anafre y Pedro llevó poco a poco todo de vuelta a su hogar. Al terminar, junto a su esposa e hija se dieron una vuelta por la feria. Después de ofrecer y preparar platillos, Raquel pidió una palanqueta de cacahuete y comió. Pedro compró un pan de nuez y María un algodón de azúcar. A las once de la noche la feria, la iglesia y el quiosco se fueron quedando sin gente, todos habían vuelto a sus casas para levantarse temprano a la mañana siguiente. Raquel y sus padres hicieron lo mismo.

El celeste del cielo llegó acompañado del viento matutino a San Francisco del Mar, el cuál se coló por debajo de la puerta de la casa de Pedro y sopló a su rostro para despertarlo, este abrió los ojos poco a poco, por un momento miró el techo de lámina, se talló los ojos y movió ligeramente a María.

— ¿Qué hora es? —preguntó la mujer entre sueños.

—Van a ser las ocho —respondió Pedro mirando el reloj que tenían frente a su cama.

—Ya voy... —contestó María después de reposar la palma de sus manos sobre sus ojos somnolientos.

María se levantó de la cama, detrás de ella, Pedro hizo lo mismo, ambos fueron al catre donde estaba Raquel durmiendo.

—Raquelita... —susurró María.

—Hija, ya despiértate —dijo su padre.

— ¿Ya vamos a ir a la playa? —preguntó Raquel quien luchaba contra sus párpados.

—Sí, ya son las ocho, alístate para ir, acuérdate que tienes que llevar una muda de ropa para que te cambies.

Cuando terminaron de tomar su café con pan de nuez, los tres agarraron su ramo de albahaca y salieron cargando en su espalda un morral cada uno. Cada uno llevaba ropa para cambiarse, iban vestidos de color blanco, Pedro llevaba la misma camisa y pantalón que el día anterior, María y Raquel tenían puesto un huipil blanco en su totalidad y no iban con el cabello trenzado. Mientras iban caminando a la playa del sur, se encontraron con muchas personas que iban a San Francisco del Mar. Los rayos

amarillos del sol aparecieron en el cielo y calentaron a los residentes del pueblo, cuando iban llegando a la playa, observaron como las olas del mar descansaban en el mar azulado.

María y su familia dejaron sus morrales sobre la arena, se quitaron los huaraches, tomaron sus manos y caminaron juntos hacia el mar, el agua estaba quieta, el sol aún no la bañaba con su calor, sentían como el frío calaba en sus huesos, una vez que el agua llegó a su ombligo, soltaron el ramo de albahaca; el mar lo recibió con alegría y este de inmediato soltó sus primeras olas y los jaló hacia él. De esa manera, la purificación del cuerpo y alma de los ikoots de San Francisco del Mar se completó.





INPI

INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



MÉXICO, 2021

